

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Carles Xavier Noriega, monje de Montserrat
14 de octubre de 2018
Mc 10, 17-27

Estimados hermanos y hermanas,

El tema del dinero aparece muchas veces en el Evangelio. La enseñanza de Jesús y, sobre todo, su ejemplo de vida, nos ayudan a situarnos en el lugar justo en relación con los bienes en este mundo. Jesús no desautoriza de entrada el dinero ni los ricos. Pero sí nos alerta del peligro que las riquezas pueden representar para la verdadera felicidad.

Un ejemplo de estas enseñanzas lo tenemos en el Evangelio que acabamos de escuchar. La escena es bastante conocida por todos. Un joven se acerca a Jesús y le pregunta qué tiene que hacer para alcanzar la vida eterna. Jesús le recita los mandamientos, concretamente aquellos que hacen referencia a la relación con el otro, y aquel le responde que ya los ha cumplido desde joven. Jesús lo miró con cariño y lo propuso un nuevo reto: "vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven sígueme".

Notamos que el hombre ya ha puesto su vida en orden, siguiendo los mandatos de la ley. Obviamente es un hombre recto y fiel. Además, sabe ver en Jesús un maestro, es decir, alguien que pueda darle una sabiduría que él no tiene. También hay que tener en cuenta que parece motivado: corre hacia Jesús y cae de rodillas. Pero a pesar de todo ello, el encuentro terminó en fracaso.

Jesús entendía muy bien la insatisfacción de aquel joven: "Una cosa te falta" le dice. Y es que siguiendo esta lógica de cumplir los mandamientos para "poseer" la vida eterna, aunque viva de manera irreprochable, nunca quedará plenamente satisfecho. En el ser humano hay una aspiración más profunda. Por eso Jesús le invita a orientar la vida desde una lógica nueva. Lo primero es no vivir aferrado a sus posesiones. Lo segundo, ayudar a los pobres. Por último, seguirlo. Ambos podrán recorrer juntos el camino hacia el Reino de Dios. Pero aquel hombre se levanta y se aleja de Jesús. Olvida la mirada cariñosa y se va triste. Sabe que nunca podrá conocer la alegría y la libertad de los que siguen a Jesús.

El joven del Evangelio se quedó tristemente sorprendido ante la invitación de Jesús porque él ya tenía sus propios planes: todo aquello ya lo había hecho desde pequeño. Algo muy parecido a lo que nos puede pasar a nosotros cuando oímos el Evangelio. Y es que ser cristiano, seguir a Cristo, supone entrar en una óptica diferente de la vida, en la que la riqueza y el éxito no consiste en atesorar y triunfar, sino en compartir y servir.

Marcos nos dice que el joven "era muy rico". Esto es todo lo que sabemos de él, porque el evangelio no nos dice de dónde viene, ni sus orígenes ni su nombre.... Tampoco sabemos en que es rico, ni la cantidad de su fortuna. Porque puedes ser rico teniendo poco. La riqueza aquí es ante todo una postura, una actitud hacia la vida. Así que podemos ampliar esta referencia a toda la familia humana. Este hombre rico podemos ser cada uno de nosotros. Y este sentimiento del joven rico, ¿no es a menudo nuestra experiencia de cristianos satisfechos de los países ricos? ¿No vivimos atrapados por el bienestar material? En nuestra vida, ¿no falta el amor comprometido con los pobres? ¿No nos falta la alegría y la libertad de los seguidores de Jesús?

Después de imaginar cómo este joven se aleja de Jesús desorientado, nos puede quedar una sensación de tristeza e intranquilidad, como a sus discípulos. Pero quizá también hay que recordar que hace más de diecisiete siglos, otro joven, egipcio, de familia noble y de buena posición, entró en la iglesia, Escuchó esta misma escena que hoy hemos oído. Y sintió en su corazón un fuerte deseo de hacer todo lo posible para tener un tesoro en el cielo. Vendió todas sus posesiones y las dio a los pobres y se fue al desierto donde sólo vivió para Dios. Su nombre era Antonio, el padre de los monjes.

Durante muchos siglos se ha puesto esta escena evangélica como modelo vocacional. Pero aunque no todo el mundo está llamado a ser ermitaño o monje o religioso, de hecho, todo cristiano debería hacerla suya. Porque la posibilidad de seguir a Jesús, de ser cristiano, es una llamada dirigida a todos, y ésta pasa por el desprendimiento y se concreta en la solidaridad con los más necesitados, compartiendo su experiencia y las angustias. No podemos llamarnos cristianos, seguidores de Jesús, Dios encarnado en este mundo, pretendiendo vivir fuera de este mundo y al margen de sus problemas.

No basta con ser buenos, hay que hacer el bien. No es suficiente con cumplir los mandamientos, hay que cumplir con la justicia y, sobre todo, con las exigencias del amor. Debemos ser buenos, por supuesto. Debemos cumplir los mandamientos, obviamente. Jesús no vino a suprimir la ley, sino a cumplirla y llenarla de sentido. Y el sentido de la ley es el amor. Seguir a Jesús es ponernos enteramente al servicio de los demás; es olvidarse de uno mismo sabiendo que estamos en buenas manos y que, libres de esta preocupación, podemos poner más atención a las verdaderas necesidades, propias y ajenas.

Hermanos y hermanas, nuestras vidas son demasiado preciosas para que las dejemos que se hundan en la tristeza de un camino falso. Debemos tomar los medios para un discernimiento auténtico, para descubrir lo que realmente nos hará felices y libres. Jesús vino a liberarnos. Y su Palabra, viva y eficaz, nos es dada para que podamos encontrar en nuestras vidas el camino que nos llevará a la verdadera felicidad.